

Noticiario

La Biblioteca Venezolana de Cultura, acaba de publicar en su Colección de Antologías, una recopilación de la poesía moderna venezolana, seleccionada por Otto D'Sola y con un prólogo de Mariano Picón-Salas.

En su estudio, Picón-Salas, señala como uno de los precursores de la poesía venezolana a Juan Antonio Pérez Bonalde, el conocido traductor de Enrique Heine, tildado con frecuencia como un cosmopolita en Venezuela.

Picón-Salas, coincide con el seleccionador, en destacar el influjo que ha tenido en la poesía moderna venezolana, Miguel Sánchez Pesquera, cuya tendencia, sin llegar a la culminación de un Darío, un Lugones o un Guillermo Valencia, se acerca al ritmo, a la palabra y a la musicalidad de la estrofa.

Los poetas de esta época, sufren como es natural, la influencia de los parnasianos. Andrés Matta, por ejemplo, continúa en pleno modernismo con las características románticas. En toda América fué ampliamente conocida su famosa poesía «Música triste» que comienza:

¿Un amor que se va? ¡Cuántos se han ido!
otro amor volverá más duradero
y menos doloroso que el olvido...

Pero generalmente entre los cultores de la poesía moderna venezolana, hay una curiosa tendencia a asimilar la novedad

de la forma con las características de la tierra. Estos son los «nativistas» como los llama Otto D'Sola. Así, a Rufino Blanco Fombona el precursor de estas características, Picón-Salas lo considera un condottiero danunziano, convertido en caudillo de tierras calientes.

Y esta tendencia se acentúa en los poetas posteriores como Francisco Lazo Martí, autor de la conocida y celebrada «Silva Criolla» que recuerda en la época moderna, la oda, «A la agricultura de la zona tórrida», de Andrés Bello y así mismo a la obra del poeta Pedro Buznego Martínez, cantor de paisajes y costumbres llaneras.

Indudablemente Alfredo Arvelo Larriva, es uno de los que inicia la nueva forma de la poesía venezolana con su libro, «Sones y Canciones» que se singulariza por la gracia ingeniosa de la versificación y que vendría a equivaler al humorismo lírico de nuestro Pezoa Véliz,—humorismo que proviene en América—, de Leopoldo Lugones.

Los poetas posteriores van en busca de un sentido filosófico de la vida, como Enrique Soublette y otros. Algunos impregnan su poesía en la sátira política, como es el caso de Julio Planchard.

Los poetas de la última generación, clasificados por Otto D'Sola como poetas de 1915, 1920, 1930 y 1935 reciben sin duda, el influjo de la poesía del siglo XX.

Algunos evocan la vida provinciana, otros insisten en el sentido parnasiano o en una fórmula poética a la manera de Pezoa y de Carriego. Una gran parte canta a la vida rural de Venezuela, pero la mayoría se agrupa dentro de las fórmulas modernistas de Darío, Lugones y Herrera y Reissig. Muchos aun, reciben el influjo de los poetas españoles posteriores a Darío, como Villaespesa, persistiendo en un romanticismo elegíaco.

Es curioso observar como la poesía venezolana no ha perdido su estructura métrica, eminentemente española, y un sen-

tido decorativo de la metáfora, tendencia en la que el poeta Andrés Eloy Blanco sería uno de sus representantes.

Los venezolanos en esto tienen una raíz castellana que recuerda la persistencia clásica de los colombianos.

Se advierte en los poetas de la última generación, el influjo de los surrealistas que se reunieron bajo la agrupación, llamada «Viernes» fundada en 1936, a cuya obra no es ajena la nota típica de la tierra y los motivos proletarios agitados por la desesperación poética del tiempo presente.

* * *

Una bella y original colección de poemas de la pampa, contiene el libro de Juan Burghi, publicado recientemente en Buenos Aires con el título de «Pájaros nuestros».

Burghi es un admirable cantor de la vida alada de la pampa. Del pájaro, que según el autor «es un ser maravilloso que participa del agua, de la flor, de la brisa y del rocío».

Es un verso sencillo, con ligero tinte popular, aparecen los eternos y habituales habitantes de la inmensa llanura argentina, muchos de los que son sin duda hermanos de los nuestros.

Así, por ejemplo, el overo teru-tero, es el mismo queltehue de nuestras vegas. Y la minúscula ratonera de la pampa corresponde al simpático chercán que puebla los jardines y plazas alegrándolas con su chisperío de notas cristalinas. Y así como éstos son muchos los pájaros pamperos que tienen su pariente muy próximo entre la alada familia chilena.

Pero allá existen también algunos nativos que no son conocidos entre nosotros y que tienen su significación especial en el mundo alado, como el «benteveo» cuyas notas de oro causan la admiración del poeta y del cual dice:

Mas luego cuando se pasa,
ni te veo ni te ví,
su canto es sólo una i . . .
que se alarga quejumbrosa.

El «pecho colorado» podría ser el hermano gaucho de nuestra lloica, y la calandria la hermana ultracordillerana de la tenca, pero, es eminentemente un pájaro de la pampa, el hornero, que allá en la tierra gredosa de la extensa llanura fabrica su casa a la cual siempre le deja una ventana que da al sol. Burghi expresa su emoción afectuosa cuando describe su canto, su trabajo y su manera de vivir:

Desde el alba a la oración
maese hornero trabaja,
amasando barro y paja
al ritmo de su canción.

* * *

Desde aquellos días en que comienza a actuar en la vida pública chilena, integrando en 1864 una misión diplomática al Perú de la cual es el Jefe don Manuel Montt, y pasando por todas las fases y etapas de su carrera política, ha historiado don José Miguel Yrarrázabal Larraín la vida y acción del Presidente Balmaceda. Esta obra que acaba de ser editada por Nascimento, consta de dos gruesos volúmenes, de más de cuatrocientas páginas cada uno, y en ella se narra con gran acopio de documentación todo el proceso de transformación y desenvolvimiento de la vida política e institucional de Chile.

La obra del señor Yrarrázabal constituye un valioso aporte que viene a enriquecer la historiografía chilena pues en ella encierra un caudal de acontecimientos determinantes, en una época de desarrollo y formación de las instituciones fundamentales de un país, que aun no lograba desprenderse del influjo del régimen colonial en que había vivido durante más de tres siglos.

El Presidente Balmaceda, que después de Portales y de

Montt es la figura más alta de la política chilena del siglo pasado, tiene sin duda en este libro, el sitio exacto en que su ideología y su actitud política lo situó. Se ve que el autor ha reunido una cantidad enorme de datos cuyo auténtico valor histórico, forman un rico material de elementos de juicio para aquél que apartándose de la historia desee hacer una interpretación novelesca de la vida del Presidente Balmaceda.

* * *

Joaquín García Monje ha hecho conocer ventajosamente en toda América su «Repertorio Americano», tribuna abierta al pensamiento americano y a todo cuanto tienda a crear lazos de amistad y de comprensión entre los pueblos indo-españoles, especialmente.

Ahora hay que agradecerle efusivamente el número que en septiembre de este año dedicó a Chile. En ese número vemos las firmas de Samuel Lillo, Joaquín Edwards, Amanda Labarca, Angel Cruchaga Santa María, Juan Guzmán Cruchaga, Yolanda Pino Saavedra, Nicanor Parra, Gabriela Mistral y otras de muy inferior categoría literaria.

Sabido es que García Monje vivió un largo tiempo en Chile, país que se le metió muy adentro del corazón y el cual no ha podido olvidar jamás. Buena prueba de ello nos la da en este homenaje que en su semanario de arte y de literatura le tributa a las letras chilenas con ocasión de nuestro aniversario patrio.

Y al final del número que comentamos encontramos una oración poética de García Monje, titulada «Pienso en Chile» y que en algunos de sus párrafos dice así:

«Pienso en Chile y ya me regocija el paisaje fino y sobrio de la tierra angosta y varia y larga, tan pulcramente vuelto expresión del alma nativa por sus admirables noveladores y poetas.

«Pienso en Chile y sus destinos y me reconforta la honro-

sa tradición civil de su historia. ¡Sombras venerables de Bello, de Bilbao, de Barros Arana y de Letelier!

«Pienso en Chile y ya se ve su insigne magisterio en la América nuestra y una. Sentimos la suave admonición de Gabriela Mistral, de Enrique Molina y Edwards Bello».

Esta oración de recuerdos a esta tierra y a sus hombres fué escrita hace 13 años, y su autor al publicarla de nuevo en esta ocasión, purifica y enaltece su valor.

Pero es sensible anotar, y esto es preciso decirlo con franqueza, que la bella idea de J. García Monge se ha malogrado en gran parte, pues este homenaje a las letras chilenas no refleja, por la mayoría de los nombres que figuran en él, la parte de más calidad y significación en nuestra creación literaria.

No vemos figurar en este número del «Repertorio Americano» los nombres de Pedro Prado, Mariano Latorre, Fernando Santiván, Eduardo Barrios, Augusto d' Halmar y tantos otros que dan brillo y nombradía a nuestras letras.

Es sensible que la persona que tuvo en Chile el encargo de hacer este trabajo, no haya sabido ponerse a la altura de la noble intención de García Monge, a quien en todo caso hay que agradecerle su emocionante ofrenda de afecto y simpatía hacia Chile, país que sigue viviendo en sus recuerdos más dilectos.